

AL MARGEN DE LA VIDA

PENUMBRAS

Hermosa tarde... Declina ya el sol y en el Parque, misteriosamente iluminado por sus últimos reflejos, es todo vida y movimiento.

Sentado en un banco escondido bajo el poético dosel que forman unos arbustos florecidos, contemplo con infantil curiosidad la inquieta chiquillería que en torno mío está jugando.

Y los contemplo con nostalgia con envidia... Con sus vueltas incesantes, con su alegre vocerío, con sus risas cristalinas, que parecen un himno de júbilo, una canción risueña, un arpegio suave y dulcísimo, me traen a la mente la grata recordación de aquellos años de mi infancia, en los que también yo jugaba con la misma despreocupación que ellos, sin llegar a sospechar que, hombre ya, un tanto desencantado del juego de la vida, había de añorar alguna vez los juegos de la infancia.

¡Oh! Y qué gozo tan grande y tan cumplido experimentaba entonces ¡Qué honda y cabal alegría sentía en aquellos días candorosos! ¡Qué singular ilusión nimbaba entonces mi pequeña inteligencia en aquellos tiempos que huyeron ya, pero que, por obra y gracia de su encanto viven aún en mi memoria!...

Y así, al conjunto de estas reflexiones he evocado el recuerdo de los tiempos idos y todo él vá desfilando por la imaginación, en este manso atardecer, embellecido, acendrado, cubierto con un velo de poesía espiritual... y la fantasía se complace en divagar de la tierra al cielo y del cielo a la tierra... y contagiado el espíritu se espesce también por las regiones del ensueño y el alma se vé invadida por los inefables tedios de la poesía, de que habló Alarcon...

Y mientras tanto la inquieta chiquillería juega y rie y canta...

Una extraña aparición ha interrumpido de pronto mis nostálgicas evocaciones. Por el camino festoneado de flores, que ante mi vista se extiende, cogidas del brazo y en animada charla, se acercan dos jóvenes. En su manera de vestir, en sus modales desenvueltos, en todo su porte, en algo que se desprende de todo su ser, pero que no acierto a definir, he creído reconocer una clase, a la que siempre he mirado con un profundo dolor y una íntima conmiseración.

Blancas, muy blancas, con la blancura del clown, me han parecido dos de esas niñas y remilgadas tiples de cine, de Varietés, tan poco artistas como vanidosas, dos de esas jóvenes que van dejando jirones de su honra entre los bastidores de un tenebroso escenario. Sus ojos relampaguean lúbricamente y en sus bocas marchitas hay algo de pálida flor de cementerio. Han pasado junto a mí, con agilidad de danzarinas, con ridículos movimientos por lo que tienen de postizos, dejando en pos una aura acre por lo que tiene de sensual.

Al pasar he oído que decía una de ellas:

—Decididamente nuestro arte se impone gusta...

—Y triunfará... El público se ha hastiado ya de poesía, de belleza espiritual y quiere prosa, materia: démoselas pues,—ha contestado la otra.

Y yo las he visto alejarse, pensando con amargura en que quizás hay una gran dosis de verdad en el fondo de las tristes y pesimistas palabras que he escuchado: pensando con amargura en esa serie de espectáculos que casi diariamente se celebran en muchos de nuestros cines, esos *gran vaudeville*, en los que los cantos soeces, todos ellos importados, los bailes obscenos y descocados, faltos de todo arte, porque no es, no puede ser arte esa repugnante y descarada exhibición de lo que hay de más bajo y re-

pugnante en el hombre, constituyen para muchos, muchísimos de los hijos de nuestro pueblo uno de sus números favoritos...

Y pensar que esto sucede en un pueblo artista, en un pueblo poeta, en un pueblo de maravillosa disposición musical...

Como evocada por la desaparición de las dos jóvenes blancas, muy blancas, y cual si presintiese estas tristes reflexiones mías, ha surgido ante mi vista, en el fondo de este mismo camino que aquellas abandonaron, otra aparición muy distinta de la primera, y a la que miro siempre con íntima simpatía, con profunda admiración.

Ella, la artista verdad, la artista por el arte, la artista que me arrastró a las más grandes demostraciones de partidismo, consagrándome impenitente admirador suyo, la artista por la que arrojé en momentos de desgracia las iras de sus detractores, la artista en cuyo honor canté cien himnos y cuya mano estreché leal y emocionado, sin aspirar a más recompensa que a su amistad y a su gratitud, la artista que fué todo para mí, ritmo y armonía, color y plasticidad...

Ahí está, sí; de gracia aristócrata y señorial, modestamente vestida, con una mirada profunda y de inmensa ternura, sentada en el banco contiguo al mío, pero más escondido y apartado, bellísimamente triste,—que hay también una belleza en la tristeza,—parece la regía escultora de la meditación en el supremo momento del ensueño...

Yo la contemplo con algo de místico fervor... Nunca es acaso la mujer tan bella,—ha dicho un gran novelista— como cuando está a punto de dejar de serlo. En la penumbra ya de su azarosa vida de artista y en la penumbra de este manso atardecer pudiera muy bien ser el modelo de la belleza en su grado máximo.

En qué piensa?... ¡Ah! Quizá está evocando los años de su juventud; quizá recuerda con dolor, entre el jovial optimismo de la alegría del Parque, sus anhelos de artista, sus sueños de gloria, las luchas que hubo de sostener, las derrotas que hubo de sufrir, la renunciación y el fracaso de todos sus ideales, que fueron sembrando de espinas el camino de la vida, que para otras que valían menos, mucho menos que ella estuvo alfombrado de rosas.

Un día acertó a marcarnos los rumbos luminosos de su arte soberano, del arte verdadero, y no obstante esto—¡oh poder de las multitudes veleidosas y vulgares!—fracasó...

¿Cómo fué su fracaso?... Y fué su fracaso porque quiso y supo ser antes que artista mujer, mujer fuerte, mujer digna que apreció más que los aplausos y la gloria su honor y su dignidad, el buen nombre que heredó de sus mayores y que conserva siempre limpio e inmaculado como nieve de las alturas.

Ahí estás, sí, olvidada de los hombres, que no comprendieron, que no supieron comprender la belleza de tu arte. Quizás hay en tu hermoso corazón un sentimiento de perdón, de ternura para todos ellos.

¡Perdonas y amas!... Es la apteosis de su arte.

EL PEREGRINO

PARA
EL SERVICIO CIVIL Y CURSOS
COMERCIALES POR CORRESPONDENCIA

ESCRIBAN AL

Cosmopolitan Business College

MANILA, P. I.

(Profesores americanos)